



## Pôsteres

### Deseo y alteridad en *La pasión según G.H.* de Clarice Lispector. Textualidades, realidades y utopías.

Virginia C. Martínez Curtis

#### CLARICE LISPECTOR: LA INTROSPECCIÓN PSICOLÓGICA

"Yo nací para escribir. Mi libertad es escribir. La palabra es mi dominio sobre el mundo"<sup>1</sup>. Así se define autobiográficamente Clarice Lispector.

Nació en un pueblo remoto de Ucrania, fue judía y se consideraba brasileña nata.

Su narrativa subvierte la estructura de los géneros narrativos tradicionales quebrando la secuencia: principio, nudo y desenlace, así como el orden cronológico. Funde la prosa con la poesía al hacer uso constante de imágenes, metáforas antítesis, paradojas, símbolos, sonoridades, etc. Su aspecto más innovador fue el flujo de consciencia, una experiencia radical de la introspección psicológica, muy adecuada para las investigaciones psicoanalíticas. Ahora bien, ella no llevará a cabo una introspección psicológica tradicional (el análisis lineal del universo mental del personaje) sino que romperá los límites espacio-temporales de manera que la obra cobrará verosimilitud. En consecuencia, el presente y el pasado, y la realidad y el deseo se mezclan. El método de registrar los pensamientos de sus personajes puede compararse con el proceso de captación de imágenes de una cámara que estuviera recogiendo los pensamientos sueltos en los que el flujo de consciencia cruza varios planos narrativos sin preocuparse por la lógica o por el orden narrativo. Clarice introduce en Brasil estas nuevas experiencias que ya fueron hechas en su momento por Proust o Joyce.

En el estilo de Clarice hay otra experiencia remarcable: el proceso epifánico. El personaje sufre una revelación causada por un hecho banal, de lo cotidiano, mientras está sumido en su flujo de consciencia y dicho proceso le hace tener una visión de la vida, de las

personas, de las relaciones humanas, más profunda. Estos procesos darán lugar a rupturas de valores y a cuestionamientos filosóficos y existenciales.

Sus temas son humanos y universales, como veremos en *La Pasión según G. H.*: las relaciones entre el yo y el otro, la condición social de la mujer, la problemática de las relaciones humanas y especialmente el lenguaje, único vehículo de comunicación con el mundo.

## LA PASIÓN SEGÚN G. H: INTRODUCCIÓN

Hélène Cixous<sup>2</sup> nos define sintéticamente la poética de Clarice en tres ideas principales. Primero, su escritura es la mirada que todo lo intenta escudriñar. Segundo, su objetivo, a través de esta mirada, es rescatar del olvido la existencia cotidiana (adoptando una actitud muy maternal con todos sus personajes). Tercero, dentro de esta existencia cotidiana, el misterio del otro es siempre un tú, un otro a quien amar: hombre, mujer o cosa (la alteridad).

La novela *La pasión según G. H.* gira entorno a estos tres conceptos. Por eso la podemos relacionar estrechamente con los términos de deseo y alteridad. ¿Qué es el deseo? Es la fuerza, la tensión, la pulsión, que empuja al yo al otro. ¿Qué es la alteridad? Es el otro, todo aquello que está fuera del yo, sin olvidar que es la mirada del otro la que define al yo (habrá que diferenciar entre las miradas físicas —reales— y las metafóricas).

## LA NOVELA

La protagonista central de esta novela es una mujer que se llama G. H. Conocemos su identidad porque son las iniciales que están grabadas en sus maletas. Sólo le quedan las iniciales. Este detalle no es gratuito. Clarice, a través de la protagonista, quiere hacernos llegar a una esencia, tal vez la común en el género humano para que podamos reflexionar con las conclusiones que podamos extraer de este flujo de consciencia en que nos sumerge desde la primera página en la que nos avisa que está buscando... una explicación a la existencia. El monólogo interior será un discurso sin oyente y no pronunciado en el que G. H. expresará su pensamiento reflejando el carácter a veces ilógico y desordenado de su pensamiento.

La búsqueda va a realizarse con gran detenimiento. Esta introspección psicológica que estructura toda la novela va a ser minuciosa, desordenada aunque coherente, hasta alcanzar su objetivo, una explicación.

## ANÁLISIS TEMÁTICO

La voz narrativa de la protagonista comienza la obra anunciándonos que ésta va a ser una búsqueda. Está ordenando su casa, en la que está claustrofómicamente encerrada, y confiesa que ordenando está buscando la mejor forma. En la casa se respira soledad y recogimiento, oscuridad. Diferencia la realidad, delicada, de su irrealdad y su imaginación, pesada.

En la casa hay una habitación que desconoce: el cuarto de la criada, Janair, que ya no vive allí. Profanar la habitación es casi un sacrilegio. Cuando entra en ella para limpiarla se da cuenta de lo desconocida que le resulta y lo desatendida e ignorada que la ha tenido siempre. Descubre un universo nuevo al entrar en él, lo equiparará con un minarete. Le llaman la atención las figuras que están pintadas en la pared cual si fueran sombras: son las figuras de un hombre, una mujer y un perro (la alteridad). Ella se sentirá identificada con la mujer. A raíz de esto tomará

consciencia de Janair, la criada, en la que nunca había reparado como persona, como mujer, tal vez sí como cosa útil. En consecuencia, se preguntará a sí misma la opinión que debían tener de ella esos ojos que la miraban, que la juzgaban, los de la criada. Se dará cuenta de que Janair la odiaba y que pensaba que llevaba una vida de hombre. G. H. jugará conscientemente con la idea de hacerse pasar por hombre. Así consigue empobrecerse de un modo positivo, convirtiendo el proceso en una forma de ascetismo. Se distancia de la mujer para poder hablar mejor de ella.

Sigue revolviendo entre los restos de las pertenencias de la criada y llena de curiosidad abre un armario del cual sale una gigante cucaracha. La autora escoge premeditadamente la figura de la cucaracha. No pretende que ésta sufra una metamorfosis kafkiana. La utilizará como la representante inmortal de un insecto que ha perdurado a lo largo de millones de años sin mutar su forma, resistiendo a la muerte. Será el cuerpo del otro, al cual va a dirigirse durante toda la novela o bien, va a ser la excusa para propiciar ciertos planteamientos y reflexiones. Es el otro, y como tal hay que respetarlo. En cierta manera, Clarice también se está preguntando cuál es el secreto de lo vivo si algunos tipos de vida prehumana, como el de las cucarachas, no conoce la muerte. Pretende llegar a rastrear hasta la materia neutra e impersonal en la que no hay diferencia de géneros. Pero aún hay más. La cucaracha da lugar al proceso epifánico que le hará tener una visión de la vida más profunda.

El desenlace del encuentro es rápido: G. H. cerrará las puertas del armario dejando a la cucaracha con medio cuerpo fuera aplastada entre las puertas, aparentemente muerta. Las reflexiones acerca de la cucaracha continuarán. Comparará la formación física de la cucaracha con la manera en la que el psicoanálisis describe a través de una imagen la construcción de la identidad en los seres humanos:

“La cucaracha formada de capas como las de una cebolla...”[p. 51]

Parece que la protagonista se encuentra sumida en un discurso psicoanalítico para explicar el proceso de formación de la identidad individual, pero cuando el individuo ya está formado hay más pruebas que superar. La presencia del ser humano en el mundo es difícil, pero más lo es el papel de la mujer. G. H. es mujer y manifiesta su malestar y confiesa que quiere huir:

“De esta civilización sólo puede salir quien tiene como función especial el salir: un sabio tiene el permiso, un sacerdote tiene el permiso. Pero no una mujer que ni siquiera tienen las garantías de un título. Yo huía, con malestar, huía”. [p. 57]

¿Adónde puede huir una mujer? ¿Qué malestar representa estas ansias de huida? Clarice quiere evidenciar cómo la mujer no termina de encontrar su lugar, la posición en la cual se sienta realizada. Dentro de la estratificación —hombre, mujer, perro (animal o cosa)— la mujer se siente mujer, ¿pero qué significa ser mujer, por ejemplo, para G. H?

La observación de la cucaracha le provoca profundas cuestiones existenciales. Ambas se encuentran cara a cara, mirándose, aunque es una mirada bien distinta. Por eso se cuestiona:



¿qué es la mirada?, ¿cómo puede ser entendida? y ¿cómo es la mirada de una mujer?

“Pero ella y yo nos mirábamos, y tampoco sé lo que ve una mujer” [p. 67]

“Y en el mundo que yo estaba conociendo, hay varios modos que significan ver: un mirar al otro sin verlo, un poseer al otro, un comer al otro (...)” [p. 67]

A partir de este momento la autora introduce dos elementos que seguramente podrían ser analizados como los símbolos distintivos del hombre y de la mujer: el día y la noche, representados como elementos binarios contrapuestos: la luz y la oscuridad, el sol y las nubes... El escenario, la habitación de la criada, el minarete sagrado. G. H., como mujer se sentirá identificada con la noche, lo oscuro, lo enigmático, aquella zona en la que se gesta lentamente una concepción distinta del mundo, una visión que deja de lado la supremacía masculina y pasa a regirse por paradigmas estrictamente femeninos. Pero conocerá la vida de día, en la habitación con sol. G.H. vivirá un cambio de rol, de género, para experimentar la supremacía del sujeto masculino sobre el femenino y de esta forma puede tomar distancia de sí misma, de su lado femenino, y entenderse y contemplarse mejor. Es interesante señalar que J. Derrida inventó un neologismo para hablar la ceguera de la cultura occidental llamando *fallogocentrismo* en el que lo masculino predomina por encima de lo femenino. Insiste, al igual que Clarice, en que las oposiciones binarias prevalecientes en la cultura occidental se tambalean.

Y continuando con el discurso acerca de lo femenino su flujo de conciencia tocará un tema íntimamente femenino: la maternidad. Lo maternal sería el principio de la imaginación. La autora quiere ir más allá de lo conocido por el patriarcado paternal o *fallogocéntrico*.

“Embarazo: había sido lanzada en el alegre horror de la vida neutra que vive y se mueve” [p. 79]

G. H. vivió un aborto voluntario. Aún así tuvo la oportunidad de conocer el embarazo y califica al feto como algo neutro, aún indefinido, ni femenino ni masculino al que tiene miedo:

“El miedo que siempre he tenido del silencio con el que la vida se hace. Miedo de lo neutro. Lo neutro era mi raíz más profunda y más viva...” [p. 80]

Cuando nos estamos formando físicamente para ser individuos, dentro del seno materno, hay una etapa en la que somos neutros, indefinidos. G. H. compara la neutralidad con un desierto del que se sale cuando nos humanizamos, cuando tomamos forma, cuando se determina el género masculino o femenino de cada uno. Ahora bien, según ella la única manera de escapar es o bien humanizarse o bien abortar (morir).

Pero el género humano debe reproducirse y perdurar. La cucaracha ha demostrado su

perdurabilidad. De alguna manera los hombres, a lo largo de la historia de la civilización y de los siglos, han demostrado no haber cambiado mucho. En las pinturas rupestres (como las en las figuras-sombras pintadas en la habitación de la criada), en las rocas de las cavernas, pueden verse todavía las imágenes de hombres, mujeres, animales y cosas:

“Quién, como yo, sabía que nunca había cambiado de forma desde el tiempo en que me habían dibujado en la roca de la caverna? Y al lado de un hombre y de un cachorro”[p.84]

Pero ella es una mujer inconformista. Siente, no le gusta cómo están las cosas. Reflexiona qué es lo que no le gusta. ¿Dónde está el error? ¿Aún está la mujer pagando las consecuencias del pecado original?

“El pecado renovadamente original es éste: tengo que cumplir mi ley que ignoro, y sino cumpliese mi ignorancia, estaría cometiendo el pecado original contra la vida” [p.84]

Así que el pecado original contra la vida es no cumplir una ley que no está escrita pero que todas las mujeres deberían de saber cuál es, deberían de nacer con los rasgos de identidad determinados. G. H. ignora cuáles son las leyes que debe seguir y eso le provoca desesperación, malestar que para calmarla necesita de esa mano amiga, del otro que le escucha y acompaña en la tarea de definirse y entenderse a sí misma:

“No me abandones ahora, no me dejes tomar sola esta decisión ya adoptada. Tuve, sí, tuve aún el deseo de refugiarme en mi propia fragilidad y en el argumento astuto, no obstante verdadero, de que mis hombros eran los de una mujer, flacos y finos. Siempre que lo había necesitado, me había excusado con el argumento de ser mujer. Pero yo bien sabía que no es sólo la mujer quien teme ver, cualquiera teme ver lo que es Dios” [p. 85]

Su refugio ante el malestar era escudarse afirmándose mujer. Será Eva en el Paraíso bíblico, Eva al lado del hombre. Pero la realidad va más allá, trasciende hasta la existencia de Dios. Dios está por encima del hombre y de la mujer. Es temido y respetado, es un enigma. Y Dios no tiene género.

“Yo temía el rostro de Dios, tenía miedo de mi desnudez final en la pared” [p. 85]

Hay en G. H. una esperanza de futuro en el que el cambio de actitud frente a la aceptación de la identidad, ya sea una realidad en la que el hombre y la mujer puedan mantener sus identidades individualmente, sin trasgresión de roles. G. H. mira al futuro con la secreta esperanza de haber alcanzado la meta y con la duda de si habrá comprensión por parte de los hombres, en un futuro, con respecto a la revolución iniciada por la mujer:

“El hombre del futuro, ¿nos entenderá  
como somos hoy?”

Pero la incertidumbre acerca de la identidad continúa. Ella reconoce haber sufrido una pérdida de identidad cuando pierde todo el equipaje con su identificación puesta. Al perderla se convierte en un ser neutro, sin nombre, vacío.

“Entonces aprende de mí, que tuve que  
permanecer totalmente expuesta y perder  
todas mis maletas con sus iniciales  
grabadas”

¿Y cómo se relacionan el amor y la identidad? Para ello es necesario la presencia de otro. El amor es un término que esconde muchos significados. El psicoanálisis prefiere hablar de deseo como la voluntad de hacerse el yo con el otro. Al deseo de otro hacia el yo se responde con amor cuando hay una gratitud por ese deseo / amor / cariño recibido. Aún así el deseo sólo triunfa en el mundo de la palabra, no es real. Sólo existe cuando se formula como tal porque el yo reconoce la existencia consciente de ese deseo, de esa pulsión hacia el otro. A este respecto G. H. tiene claro que el miedo a amar, al amor, ya ha pasado porque ya lo ha vivido. Concluirá que el amor se vive intensamente cuanto todavía no lo llamamos de ninguna manera ya que lo estamos sintiendo, experimentando, gozando. Una vez reconocemos el sentimiento lo expresamos a través de la palabra “amor”. G. H. califica como “lo neutro del amor” a ese “intervalo”, ese impás temporal indeterminado:

“Lo neutro del amor, era eso lo que  
nosotros vivíamos y despreciábamos” [p.  
104]

Hablará del amor entre dos personas. Dice que en el momento de desinterés mutuo disfrutaban siendo dos personas independientes, aún sabiendo, sintiendo que se tenían mutuamente, que cada uno de ellos tenía a dos personas en las que pensar: el yo y el otro.

“En esos momentos [de pecado, de  
desinterés, de falta de amor] pensábamos  
que estábamos descansando uno de ser el  
otro. En verdad era el gran placer de no ser  
el otro: pues así cada uno de nosotros tenía  
dos.” [p. 104]

Pero G. H. quiere pensar que hay esperanza porque el ser humano —hombres y mujeres— tiene la libertad de decidir su destino. Pero también tiene la obligación de seguir un ciclo completo sin



equivocarse —como hacen los animales— y eso nos convierte en autómatas de la supervivencia. Precisamente es la libertad de decisión (a la que apelaban los existencialistas) la que nos diferencia del resto de seres vivos:

“El misterio del destino humano es que somos fatales, mas tenemos la libertad de cumplir o no nuestro hado: de nosotros depende realizar nuestro destino fatal. Mientras que los seres humanos, como la cucaracha, realizan su propio ciclo completo sin error jamás porque no eligen”. [p. 109]

De esta manera G. H. se pronuncia:

“Soy dueña de mi fatalidad y si decidiese no cumplirla, quedaría fuera de mi naturaleza específicamente viva. Mas si realizo mi núcleo neutro y vivo, entonces, dentro de mi propia especie, estaré siendo específicamente humana” [p. 109]

G. H. está reconociendo sus límites. Su naturaleza es la de ser vivo, de ser racional. Hasta ahí uno puede seguir siendo un ser neutro pero hay que definir entre los dos géneros posibles, porque el neutro es algo indefinido. Determinarse por uno o por otro tiene sus consecuencias. La genética decide la parte física. Ahora bien, la toma de conciencia no tiene que estar determinada por nada ni por nadie mas que por uno mismo. A G.H. el ser mujer la sitúa en una posición más frágil. Pero puede escoger ser hombre por momentos para alejarse de sí misma e intentar entenderse también. De esta manera es como consigue llegar al núcleo neutro y vivo (al género andrógino que proponía Platón en *El banquete*). Considera que es la única manera de alcanzar la pureza humana, la especificidad humana.

Hélène Cixous, habla de este libro como si se tratara de una Biblia clandestina. Lo cierto es que la presencia de minaretes en medio del desierto que llaman a la oración a todos los seres humanos que quieran escuchar la llamada, el formato de algunas de las frases que construye (como si fuera líneas del padrenuestro católico), y la enseñanza y reflexión acerca de la existencia sobre la que gira toda la novela nos lleva a pensar que nos encontramos ante un compendio que puede dar una explicación universal de cómo debe de entender y vivir la vida el ser humano racional.

Clarice nos propone no un libro de soluciones pero sí un libro de reflexiones en el cual la mujer juega un papel muy importante. La conclusión a la que se llega es que la mujer no tiene que sentirse ni mejor ni peor que el hombre, sino que simplemente tiene que sentirse, vivir y dejar vivir, respetar con humildad al otro. Pero reconoce que éste es un camino muy difícil porque hay muchos obstáculos que uno mismo se impone: la proyección sobre el otro, la identificación. Y no, Clarice Lispector, a través de su protagonista G. H., quiere subrayar que uno tiene que vivir su propia vida en esencia, en forma de materia neutra. Y es a partir de ese momento cuando se puede empezar a vivir respetando la alteridad y a amar sin interferencias porque se deja espacio y libertad para que el otro sea él mismo aunque haya mucha cercanía entre ambos, tanto

emocional como espacial. Amar al prójimo sin querer poseerlo ni comérselo...

<sup>1</sup> APUD BERTA WALDMAN, *Clarice Lispector*, Brasiliens, São Paulo. 1983. p. 9-10.

<sup>2</sup> HÉLÈNE CIXOUS, *La risa de la medusa. Ensayos sobre la escritura*, Anthropos, Barcelona, 2001.

